

Realidades en Pequeño

Los Mexicanos del Futuro

POR LORENZO MEYER

EL lugar donde hoy vivo fue una vez un pequeño pueblo dedicado a la agricultura y a la producción textil. Desafortunadamente, hace más o menos una generación el Distrito Federal se lo engulló. Hoy, este ex pueblo alberga una población muy numerosa, heterogénea y cuya convivencia no es siempre fácil.

En un radio de quinientos metros alrededor de mi casa vivimos, en un abigarrado conjunto, pobladores recién llegados junto a otros cuyos bisabuelos ya eran gente con raíces en el lugar. Por esta razón, aquí compartimos el espacio —junto a una variedad interesante de animales— familias de culturas e ingresos muy diversos.

★

EN este lugar tratamos de ir pasando lo mejor posible profesores universitarios y taxistas, empleados y artesanos, obreros y policías, funcionarios públicos y profesionistas, desempleados y —no podían faltar— marginados. Así pues, una de las características de mi barrio es una enorme desigualdad social. Junto a la casa con antena parabólica pasa el grupo de niños desaharrados que van y vienen, como hormigas, de la toma de agua pública a su casa, cargados con pequeñas cubetas de plástico. A unos pasos de mi estudio, otras personas acostumbraban sentarse junto a la vía del tren a imaginar cosas ayudadas por inhalaciones de cemento.

La persona que hace las tareas domésticas en mi casa —la señora Lupe—

es, a la vez, mi amiga y vecina. He visto crecer a sus hijos. El varón tiene casi la misma edad de mi hijo mayor: ocho años. Se llevan bien los dos niños, pero viven en mundos muy distintos. Una de las razones de esta separación es que su educación for-

mal es muy, pero muy distinta. Se trata de una diferencia que a veces que no, sirve para mantener las distancias sociales.

Mi hijo va a una escuela privada bilingüe que tiene horario corrido de ocho de la mañana a dos de la tarde, es decir, seis horas. El horario se cumple al pie de la letra y todo el año. El hijo de Lupe, en cambio, va a una escuela pública. De entrada, esta escuela tiene ventajas: ser gratuita y estar muy cercana. Sin embargo, quizá aquí termina la lista de elementos positivos.

En la escuela pública el horario es más corto, pues los niños entran a las ocho de la mañana y salen a las doce y media, es decir, cuatro horas y media de clase (25% menos que mi hijo). Sin embargo, esto es en teoría. La realidad es distinta. Los niños de esta escuela tienen que estar en la puerta a más tardar a las ocho con cinco minutos, pues de lo contrario se la cierran. Ahora bien, el que los reciban no quiere decir necesariamente que les den clase.

★

RESULTA que las maestras de los dos niños a los que me refiero tienen, a su vez, hijos más pequeños que les complican la vida y hacen que sistemáticamente lleguen tarde a trabajar. Según Lupe, es a las nueve de la mañana cuando en realidad los grupos inician sus actividades académicas. De ahí que la jornada real de trabajo escolar de mis pequeños vecinos es de tres horas y media, a la que se debe restar media hora de recreo.

Hasta aquí la cosa está mal, pero si sigue uno indagando entonces se pone peor. Así, por ejemplo, una de las maestras faltó un día de la semana pasada y la anterior dos. En realidad Lupe se ha resignado desde hace mucho a que sus hijos tengan clase, como promedio, cuatro días a la semana, lo que hace un gran total de apenas catorce horas de trabajo efectivo (doce si se le restan los recreos). Y esto en el mejor de los casos, pues hay semanas con menos de cuatro días de clases, por ejemplo, aquellas que coinciden con el último viernes del

Realidades en Pequeño.- Los Mexicanos del Futuro

Sigue de la página siete

mes, cuando los maestros suspenden sus labores a las diez de la mañana (junta sindical) o cuando van a tomar "sus cursos", que supongo son de actualización.

★

LUPE tiene ya la costumbre de esperar afuera de la escuela hasta saber si las maestras se van a presentar a sus labores. En caso de que alguna de ellas falte, entonces Lupe se trae a su hijo o hija a mi casa, pues de lo contrario sabe que se quedarían a cargo de "la señora Alicia", la conserje, personaje de muy mal carácter que impone una especie de disciplina tradicional a punta de varazos.

Que conste que sólo he hecho referencia a las diferencias cuantitativas entre la educación formal de mi hijo y los de Lupe. Sospecho que las hay también cualitativas, y que éstas corren en la misma dirección. Si lo que queremos es crear un México más civilizado, justo y solidario, es indispensable hacer del sistema educativo un instrumento que cierre la gran brecha que

separa a las clases, no que las abra, como parece el caso.

La educación primaria deficiente no sólo encierra un problema de justicia y calidad de vida sino también otro de eficiencia económica. ¿Cómo vamos a hacer de México un gran país exportador si millones de pequeños mexicanos están siendo preparados en sus escuelas para trabajos que requieren el manejo de la tecno-

SIGUE EN LA PAG. DIEZ

Realidades

Sigue de la página nueve

logía del siglo XXI con apenas un puñado de horas de educación formal? Ya malgastamos muchos recursos financieros en proyectos mal hechos, no podemos darnos el lujo de seguir haciendo lo mismo con el capital más importante: el humano. Si les fallamos a los mexicanos del futuro, es seguro que el futuro nos fallará a los mexicanos... a todos.